





PEPA
HOLGADO

LA
CORAZONADA
DE ROSA

EL JUEGO DE ROL FALLIDO

Platero
COOLBOOKS 

Título: La corazonada de Rosa

Primera edición: febrero, 2024

© 2024, del texto Pepa Holgado.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-16-0

Nota de la autora

La novela se desarrolla en la Sierra de Huelva, pero los pueblos, al igual que los personajes y la historia, son frutos de mi imaginación.

Los lugares que describo son los de mi entorno más cercano, aunque mezclo partes de unos pueblos con otros, los sitúo a poca distancia y, por tanto, no son los mismos; por eso los he llamado con distintos nombres. Las zonas que les detallo de Huelva y Sevilla son reales, pero los restaurantes y las casas también son ficticios.

Para explicar los juegos de rol en vivo he tenido que documentarme, porque nunca los he practicado. He procurado atenerme a lo que he encontrado en la red, aunque también he dejado volar mi fantasía, adaptándolos a la trama.

Las escenas de la Policía y Guardia Civil, posiblemente, se salgan, en algún momento, de los protocolos establecidos y los cuarteles y comisarías no se parezcan a los reales, pero si ustedes logran imaginarlos y situarse en ellos, el objetivo estará conseguido.



Índice.

Nota de la autora.....	5
CAPÍTULO 1 LA PESADILLA (MAYO DE 2018).....	11
CAPÍTULO 2 LA TRAMPA	19
CAPÍTULO 3 LA ESPERA	27
CAPÍTULO 4 LA BÚSQUEDA.....	37
CAPÍTULO 5 EL DETECTIVE (ABRIL DE 2019)	47
CAPÍTULO 6 LAS PRIMERAS INDAGACIONES	57
CAPÍTULO 7 EL INSTITUTO	67
CAPÍTULO 8 EL PANTANO.....	77
CAPÍTULO 9 EL BAR EL CRUCE.....	87
CAPÍTULO 10 LA CASA DE LA COLINA	95
CAPÍTULO 11 LA DECEPCIÓN	105
CAPÍTULO 12 EL ENREDO.....	113
CAPÍTULO 13 ALGO INESPERADO.....	123
CAPÍTULO 14 EL ENGAÑO.....	133
CAPÍTULO 15 LAS PRIMERAS INCÓGNITAS	143
CAPÍTULO 16 EL ÚLTIMO OBJETIVO	153
CAPÍTULO 17 SOBRE EL JUEGO DE ROL FALLIDO.....	161
CAPÍTULO 18 EL DESENLACE.....	169
CAPÍTULO 19 EL CIERRE	175
CAPÍTULO 20 SERGIO UN AÑO DESPUÉS.....	179
Agradecimientos.....	181



*El corazón de una madre es un abismo profundo en
cuyo fondo siempre encontrarás el perdón.*
—Honore de Balzac.



CAPÍTULO 1

LA PESADILLA (MAYO DE 2018)

Aquella noche era sábado. Rosa no podía dormir, estaba preocupada; su hijo había salido y llegaría tarde. Cuando concilió el sueño, una horrible pesadilla la despertó: Sergio estaba en apuros, intentaban matarlo. Miró el reloj digital de la mesilla, marcaba las tres y cinco; el reflejo la guio hasta el interruptor de la lamparita, lo pulsó y la habitación se inundó de una claridad amarillenta. La tenue luz sugería sombras espectrales en el techo.

Se levantó y se calzó las zapatillas. Sintió un ruido en la calle seguido de un grito. El vello se le erizó como púas. Un ligero escalofrío recorrió su columna. Notó el pulso acelerado, estaba muy nerviosa. Pasados unos minutos, reconoció los maullidos de dos gatos enzarzados en una pelea. Sonrió al darse cuenta de que ese sonido le había parecido un alarido. Se acercó hasta la ventana y, apartando los visillos, pudo observar a los felinos retándose en medio de la calle. Miró a un lado y a otro con la esperanza de ver aparecer a su hijo, pero encontró un escenario solitario con dos animales furiosos en lo que parecía un pueblo fantasma. Trató de tranquilizarse, pensó que no tenía motivos para estar alarmada.

La noche era oscura, las nubes invadían el cielo y

asediaban la luna, que intentaba abrirse paso entre ellas. Un fuerte viento movía las copas de los naranjos, arrastraba papeles y alguna lata por la calzada. La calle estaba en penumbra, el ahorro energético había hecho que el ayuntamiento redujera, a partir de la medianoche, los puntos de iluminación.

El ulular del viento era una voz lejana anunciando tormenta. La primavera de 2018 había traído mucha inestabilidad atmosférica en la sierra de Huelva. Como si el invierno se negara a dar relevo a una estación más benévola.

Rosa seguía muy inquieta. Decidió serenar sus nervios con una taza de tila. Salió al pasillo sin encender la luz; llegó a la cocina ayudada por el reflejo que surgía de su dormitorio. Buscó a tientas el interruptor y un relámpago iluminó la estancia; el estruendo de un trueno rompió el silencio. La tormenta la enervaba aún más. Una lluvia torrencial martilleaba en los cristales de la claraboya del pasillo. Abrió la puerta de un armario, sacó un sobre del paquete de las infusiones, lo introdujo en una taza con agua, lo llevó al microondas y lo puso a hervir. En ese momento se fue la luz.

—¡Mierda! Siempre pasa lo mismo, cada vez que hay tormenta nos quedamos sin electricidad. Este pueblo es tercermundista —refunfuñó en voz alta. Los relámpagos le facilitaron la retirada al dormitorio—. Y mi hijo sin venir con la que está cayendo. Desde que tiene novia, apenas compartimos momentos juntos. Con lo poco que salía antes y lo tranquila y acompañada que estaba yo. Se me ha hecho mayor y esto es lo que toca. Debo acostumbrarme.

Hablaba sola para descargar el mal humor y la tensión acumulada.

—Él no puede quedarse en el pueblo, ¡eso no! Tiene que irse a una discoteca a seis kilómetros de su casa, en el descampado de una aldea donde no habita nadie —murmuró en un sonsonete, con sorna, frunciendo el entrecejo—.

Sabiendo que tengo los nervios hechos polvo desde que murió su padre. Sí, ya sé, me preocupo demasiado por todo.

Rosa no paraba de hablar mientras seguía palpando a ciegas hasta encontrar el móvil y encender la aplicación de la linterna.

—Se cree que, porque haya cumplido los dieciocho años, ya puede andar solo por el mundo. Como si la madurez se consiguiera con la mayoría de edad. Este niño me va a quitar de en medio. Con un coche viejo y un carné recién sacado, capaz de tener un accidente. ¡Cuando vuelva, me va a oír! ¡Claro que me va a oír!, aunque no quiera...

Daba vueltas por la habitación alumbrándose con el teléfono. El dormitorio se le hacía más pequeño de lo habitual; sin embargo, los muebles le parecían inmensos y amorfos. En su rápido deambular, la cama, flanqueada por las dos mesillas de noche y coronada por el cristo de Dalí, *Corpus Hipercúbicus*, parecía que se deformaba en el reflejo de la luna del ropero.

Se asomó a la ventana, que le devolvió las tinieblas de una noche oscura, rasgada por los relámpagos. Al pasar por el espejo de la peinadora, advirtió una figura. Por fin... Era Sergio. Pero aquello duró algunas décimas de segundo. Una ilusión óptica, quizás su propio reflejo. La linterna podía apagarse en cualquier momento, tenía poca batería. Debía cerrarla o acabaría con la energía que le quedaba.

Rosa se calló, no quería pensar más. Intentó tranquilizarse. Necesitaba dormir unas horas. Se acostó, pero el ruido de los truenos, la luz de los relámpagos y el repicar de la lluvia en los cristales le impedían relajarse. A ratos, entraba en una especie de sopor en el que veía la imagen de su hijo asediado por alguien que lo perseguía. Se despertaba sobresaltada, sudando. El corazón le golpeaba el pecho como se golpea un enorme tambor que te hace vibrar por dentro. La habitación permanecía en tinieblas, no había luz, el reloj ya no proyectaba su reflejo de números rojos. De vez

en cuando, Rosa cogía el móvil y miraba los mensajes de su hijo en el WhatsApp con la esperanza de encontrar uno nuevo que la aliviara en su inquietud. Al comprobar que no tenía cobertura ni wifi, se tranquilizaba algo, pensando que ese era el motivo de su mutismo.

La sorprendió un amanecer triste y gris envuelto en lluvia. Se levantó con las primeras luces del alba, fue al baño y tomó una ducha caliente. Necesitaba relajarse. Se enfundó en unas mallas y una sudadera y se calzó las zapatillas de deporte, quería estar cómoda pero vestida, por si debía salir de forma precipitada. Al verse en el espejo, reparó en las ojeras que oscurecían su mirada; no las tenía el día anterior. Sus ojos habían perdido su tono azulado, estaban grises, sin brillo. La cara reflejaba el cansancio de la noche pasada. Se recogió el pelo en una coleta. Percibió que el rubio de antes ahora parecía más grisáceo y apagado.

Volvió al dormitorio, ordenó la cama y después se fue a la cocina con la esperanza de ver a su hijo en cualquier momento. En el pasillo, miró la mesita de la entrada y se acercó para ver la foto que mostraba a los tres en un día de playa. Todavía vivía el padre, era asombroso el parecido de los dos, el mismo pelo negro, los ojos castaño oscuro y ese aire burlesco que tanto le gustaba. Los dos con cara alegre mientras ella posaba con una sonrisa forzada.

La mañana no le trajo mayor sosiego. Renovada la corriente eléctrica, la casa recuperó su comunicación con el exterior. Rosa seguía tan agitada que decidió llamar a Sergio, pero el móvil aparecía apagado o fuera de cobertura. A pesar de la hora, telefoneó a un amigo de su hijo. Tras saludarlo y disculparse por haberlo despertado, lo acribilló a preguntas.

—Luis, estoy preocupada por Sergio, no ha vuelto a casa y no consigo localizarlo. ¿Lo viste anoche?, ¿sabes algo de él?, ¿estuvo contigo?, ¿qué puedes decirme? —dijo de forma compulsiva, sin pensar que debía pararse a oír las respuestas.

—Sí. Lo vi al principio, cuando llegó a la discoteca; después, a eso de las dos, se acercó y me dijo que se marchaba. Parecía disgustado.

—¿Por qué? ¿Crees que le pasaba algo? —insistió con voz trémula Rosa mientras daba vueltas con una cuchari-lla a la infusión de la noche anterior, que todavía estaba sin hacer.

—Bueno, yo lo noté triste. Me dijo que había roto con Marta. Por eso creo que decidió marcharse tan pronto.

—Pero lo normal es que hubiera vuelto a casa —replió—. Esto es muy extraño en él porque no acostumbra a quedarse fuera nunca.

—Sí, lleva razón. No es muy habitual en él. Se preocupa por usted y no le gusta dejarla mucho tiempo sola.

—¿Luego no lo volviste a ver? —insistió Rosa—. ¿No se te ocurre algún sitio donde haya podido ir?

—Yo me quedé de charla con otros amigos y poco después de las tres empezó la tormenta, se fue la luz y regresamos cada uno a nuestra casa. No volví a ver a Sergio. Ni sé dónde puede estar.

—Entonces no te molesto más. Llamaré a Marta, quizás se reconciliaron y se fue a su casa con ella; luego, con la tromba de agua que cayó, esperaré a que pasara y se quedaría dormido allí.

—Puede ser. Es probable que sea eso lo que haya ocurrido.

Rosa trató de agarrarse a la posibilidad que le brindó el amigo de su hijo; sin embargo, cada vez sentía más fuerte la corazonada de que le pasaba algo malo. Presentía que la llamada a la novia la iba a dejar mucho peor si no estaba con ella. Puso a calentar la tila en el microondas mientras marcaba el número de la chica. Pulsó un par de minutos el aparato y, al sacarla, parecía que estuviera ardiendo. No podía beber ni un sorbo por mucho que soplara. Cuando contestó Marta, tras darle los buenos días y saludarla lo más

amable que pudo, pasó a interrogarla como había hecho antes con Luis.

—¿Sergio no está contigo?

—No. ¿Por qué iba a estar conmigo a estas horas? —contestó con rabia.

—Él me dijo anoche que iba a buscarte para ir juntos a la discoteca.

—Sí, pero luego él se marchó muy rápido.

—¿Por qué se fue tan pronto? ¿Por qué salió tan ligero de allí? ¿Discutisteis? —Necesitaba respuestas para entender por qué su hijo no aparecía.

—Bueno, es que decidimos dejarlo y él no estuvo muy conforme. Me quedé con mi hermano cuando se fue.

—Pero aquí no ha venido. ¿No sabes dónde puede estar o con quién se ha ido?

—Pues... no tengo ni idea —contestó con voz poco convincente.

Cuando Rosa colgó, se quedó abatida. Sospechaba que Marta le había ocultado algo.

El vaso de tila seguía sobre la encimera de la cocina, ella se dejó caer en un taburete junto a la mesa sin saber qué hacer. Era pronto para denunciar una desaparición, pero no podía quedarse quieta sin actuar. Recordó que tenía el teléfono del comandante de puesto de la Guardia Civil. No eran amigos, pero mantenían una relación de cordialidad, cooperaba con él en algunos proyectos. No lo dudó, buscó en la agenda del teléfono y lo llamó. Se demoraba en contestar. Mientras esperaba, escuchó la señal y miró los muebles de la cocina, tan blancos y rectangulares con los tiradores negros que le recordaron las piezas de un dominó. Encima del fregadero, la ventana que daba al patio tenía los cristales llenos de vaho, ofreciendo una imagen borrosa de las macetas que eran regadas generosamente por la lluvia. Tomó un sorbo de infusión, seguía caliente.

Temía que no le cogiera el teléfono cuando le contestó

muy amable. Tras contarle la desaparición del joven y todo lo que había estado indagando, el sargento le confirmó lo que ya sabía, que aún era pronto para darlo por desaparecido. Sin embargo, por tratarse de ella, intentaría hacer averiguaciones.

—No te preocupes, Rosa. Movilizaré algunos operativos. Cuando sepa algo, te llamo.

—Sargento, perdone que le insista..., creo que a mi hijo le ha ocurrido una desgracia.

—Rosa, no le des más importancia. La juventud es imprevisible. Seguro que se encontró a algún amiguete, se bebieron unas copas y estarán durmiendo la mona en cualquier parte.

—Ojalá sea lo que usted piensa, pero mucho me temo que será algo peor.

Después de hablar con el sargento, Rosa se sintió desalentada. Sabía que, de momento, no podía hacer nada más. Las imágenes de la pesadilla aparecían una y otra vez en su mente, ella viendo a su hijo en apuros. Recordó que el día anterior había entrado en la habitación de Sergio mientras estudiaba. Él no reparó de inmediato en su presencia, estaba de espaldas a la puerta, leía un papel, quizás una carta. Rosa solo pudo leer lo que ponía al final: «¡Ándate con cuidado!». Cuando le preguntó, este le contestó que era una broma de un amigo.



CAPÍTULO 2

LA TRAMPA

«¡Oh! ¡Dios mío, me va a matar! ¡Mierda...!, el móvil no tiene cobertura. Debo quitar el volumen por si cogiera señal. Si suena y me descubre, soy hombre muerto», me digo en silencio mientras trato de pensar cómo escapar de mi asesino. Me he colocado en posición fetal entre los matojos de enneas; son brotes de juncos que apenas me cubren. Levanto la cabeza con miedo. Miro a mi alrededor, un relámpago me deja ver el embalse. Calculo que debe estar a unos cien metros, aproximadamente. Si logro alcanzar la orilla, me sumergiré y trataré de llegar al otro extremo. Es mi única salida. Percibo su presencia, lo noto cerca. Parece que su aliento sopla en mi nuca.

—¡Sergio! Sé que estás ahí. Te encontraré...

Su voz golpea en mis oídos como un gancho de boxeo. Un estremecimiento sacude mi cuerpo, me muevo sin querer. Las matas que me cubren crujen. El rugido de un trueno se confunde con los chasquidos que yo provooco.

«¿Cómo he podido ser tan inconsciente fiándome de un desequilibrado? ¿Quién me va a buscar aquí? Aunque pidiera auxilio, nadie me oiría», pienso sin emitir sonido.

Trato de sopesar las posibilidades que tengo de huir. Me duele el tobillo, se me ha torcido al pisar una piedra. Cojeando, con gran esfuerzo, he llegado hasta los arbustos de escoberas y juncos de mi escondite, pero hacer una carrera

muy larga es inconcebible en el estado en que me encuentro.

Conozco este tramo del pantano. Es el lado más escarpado de la sierra. Cuando llegamos, dejamos el coche en un carril, en lo alto de la cuesta. Al verme atacado, he bajado corriendo por la ladera pedregosa. Antes de que estallara la tormenta, había algo de luz. La luna en cuarto creciente se abría paso entre las nubes, asomándose tímidamente. Un paisaje lúgubre apareció ante mí en una explanada llena de setos. Luego, las tinieblas se aliaron conmigo, permitiendo ocultarme de mi perseguidor.

Me acuerdo de mi madre y los ojos se me inundan de lágrimas. Si me mata, se morirá de pena. Estoy seguro de que es lo que él quiere, hacerle daño a ella. Me pregunto cómo se puede tener una mente tan retorcida. Mi madre nunca le dijo nada para humillarlo, aunque quizás no sea ese el motivo de la agresión... No. No es un juego de rol. Levanté el puño para pararlo...

Vuelvo a sentirlo cerca. Oigo cómo mueve ramas, y corre de un lado a otro, parece un poseso. No me atrevo a levantarme a mirar. Quiero ubicarme, pero estoy desorientado. La noche me confunde.

Comienza a llover muy fuerte. El agua me empapa. Debo pensar rápido. Correr en línea recta hasta la orilla sería un acto suicida. Iré deslizándome a lo largo de los matorrales, me camuflaré entre la maleza. Cuando esté lejos, cruzaré hasta la laguna. Si consigo atravesarla, tal vez pueda huir. Calculo el tiempo que transcurre entre un relámpago y otro, pero no es regular, algunos aparecen muy seguidos.

«¡Piensa, Sergio, piensa! No te precipites en una decisión que puede costarte la vida. Recuerda lo que tu madre te dice siempre: “No hagas las cosas sin calcular las consecuencias que tendrán después”. ¿Por qué no lo recordaría antes?».

El juego de rol. Todo empezó con ese estúpido pasatiempo. ¿Cómo he sido tan ingenuo...?, ¿por qué no habré echado cuenta a Luis? Él lo escuchó en clase cuando trataba

de convencerme para que participara en una recreación y me previno de que no me fiara. No le presté atención. Acabé accediendo a pesar de recordar una experiencia muy negativa. Hicimos algo en vivo de lo que no me siento orgulloso. Me convenció de que esto era distinto, pura adrenalina. En el fondo, he de reconocer que soy un adicto. Esta noche debía traermelo el ordenador para empezar la primera fase cuando se fuera Marta a su casa. Yo le dije que iba a ser muy tarde, pero él aseguró que sería un momento. Hoy solo tendría que bajar la ficha de mi personaje; luego, me revelaría quién iba a ser el máster, todos los demás y la trama. Podíamos hacerlo en unos minutos en mi coche con el wifi de la discoteca. Lo pensé mejor, le daría largas, pero aprovechó mi bajada de autoestima y mi mareo para convencerme. Me habló de cambios de planes. Teníamos que desplazarnos unos kilómetros hasta llegar a un paraje donde nos estaban esperando dos compañeros para la primera prueba.

—¡Sergio! ¡Eres un idiota! ¡Te lo creíste todo! Nunca consideré que fuera tan fácil traerte hasta aquí —vuelve a gritar, y se ríe con una risa de hiena.

Percibo que está más cerca de lo que esperaba. Lo oigo resoplar, jadeando, aparta ramas y matorrales en una búsqueda desenfrenada. Aguanto la respiración, cierro los ojos y aprieto las mandíbulas. Supongo que está a punto de encontrarme. Me matará, lo presiento.

Siento pena al imaginar que voy a morir de una forma tan absurda, siendo tan joven. Tenía un futuro por delante. Yo, un estudiante brillante, capaz de sacar una buena nota de corte y hacer un doble grado. Me gustaba escribir poemas y hasta pensé publicarlos... Ahora todo va a acabar.

Unas horas antes, había salido feliz de casa para buscar a mi novia. Bueno..., discutí con mi madre porque no le gusta la relación que mantengo con Marta. Con el tiempo, se convencerá de que es la mujer de mi vida. Pero en la discoteca las cosas se torcieron; el hermano la había puesto

en mi contra. Le contó que me vio trapicheando con droga. Aquello, al principio, fue una tontería. Quería probarlo todo, demostrarme que no era un niño de mamá que hacía solo lo que ella decía. Durante un tiempo ejercí de camello en varias ocasiones, llevaba «el costo» desde un bar de carretera hasta el aparcamiento de la discoteca. Lo hice por conseguir unos cuantos porros porque no tenía dinero para pagármelos. Luego lo necesitaba. Lo hubiera dejado, pero vinieron los problemas... Todo se me complicó.

—¡Sergio, te encontraré! —Suenan en medio de la tormenta como el rugido de un león que va a atacar a su presa.

Percibo que se ha alejado de donde estoy. Es el momento. Echo a correr con dificultad por mi cojera. Cada paso me supone un fuerte dolor, es un cuchillo que atraviesa mi tobillo. Intuyo que me sigue. Vuelve a estar muy cerca. Me ha descubierto.

—¡Ya te tengo! ¡Te alcanzaré! Siempre has sido un torpe corriendo —vuelve a vociferar.

—¡Tío, estás loco! ¡No seas cabrón! ¡Déjame! —le grito, tratando de acelerar la huida.

Valoro mi superioridad en el agua. Hago un esfuerzo titánico y me dirijo hacia el pantano. Mi perseguidor se aproxima, pero todavía le aventajo unos metros. Llego a la orilla y me tiro. Nado desesperadamente. Entro por una poza. Lo conozco y sé que en natación no me ganará nunca.

La laguna es muy ancha, el agua está fría. Las zapatillas de deporte pesan y me impiden avanzar. Me las quito y las dejo flotando; no puedo cargar con ellas. El tobillo, en el agua, me duele menos. La temperatura tan fría y el cansancio me dejan exhausto. La tormenta despliega todo su poder. El cielo ha extendido su ira abriendo sus fauces como un dragón furioso. Lluvia de rayos y rugidos de truenos son el atrezo del decorado de una noche tenebrosa.

Observo que no me ha seguido nadando. Puede que lo consiga y no me coja, pero me siento tan agotado que no

sé si podré mantenerme a flote mucho tiempo. ¡Dios mío, ayúdame! Si no lo haces por mí, hazlo por ella. Soy lo único que tiene.

Vuelvo a nadar. Con cada brazada me viene a la mente la voz de mi madre, que me dice: «¡Adelante, hijo! No te rindas. Lo vas a conseguir. Sigue un poco más. Pronto estarás en casa».

El peso del móvil en el bolsillo me entorpece, lo saco con dificultad y me deshago de él. Va a quedar inservible, ¿para qué lo quiero? También tiro la cartera y el monedero.

Un rayo abre el cielo en dos partes. No ha caído muy lejos. Me deja divisar el paisaje de la otra orilla. Unos pinos y una casa son mi esperanza.

El esfuerzo y la baja temperatura me pasan factura. Un calambre en las piernas me las paraliza. Empiezo a hundirme. Ha llegado el final. Trago agua, estoy ahogándome. Mi instinto de supervivencia consigue impulsarme hacia arriba. Siento que soy un púgil en la lona de un cuadrilátero al que han dejado KO. Escucho contar al árbitro hasta nueve y, cuando intuyo el roce de la toalla que va a tirar en la última décima de segundo, me incorporo y sigo peleando. La rama de un árbol sumergido engancha mis pantalones, logro desabrocharlos, me revuelvo, consigo sacármelos, los pierdo. Vuelvo a tragar agua. Salgo a flote. Aspiro con fuerza y vomito. Sigo nadando. Las piernas no me responden, pero consigo mover los brazos.

El agotamiento me advierte que no voy a llegar. Lloro y el mar de mis ojos se mezcla con el llanto del cielo y el fluido que me acuna en estos momentos.

Por fin alcanzo la otra orilla. Estoy tendido, extenuado, tiritando, jadeante, sin fuerzas. Debo levantarme. Si me encuentra, se acabó. El dolor en el tobillo se hace cada vez más intenso.

Vuelvo a pensar en el jueguecito que le sirvió de gancho. ¿Por qué accedí a participar? A mí no me gustaba rolear en